

CAPITULO VII

De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolución que tomé en mis cosas para adelante

EN este tiempo, vino á don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío, llamado Alonso Ramplón, hombre allegado á toda virtud y muy conocido en Segovia, por lo que era allegado á la justicia, pues cuantas allí se habían hecho de cuatro años á esta parte, han pasado por sus manos. Verdugo era, si va á decir la verdad, pero una águila en el oficio. Vésele hacer, daba gana de dejarse ahorcar. Éste, pues, me escribió una carta á Alcalá, desde Segovia, en esta forma:

CARTA.

« Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenía, me llamaba así): las ocupaciones grandes de esta plaza, en que me tiene ocupado S. M., no me han dado lugar á hacer esto; que si algo tiene malo el servir al rey, es el trabajo, aunque se desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días há, con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo; dígolo, como quien le guindó. Subió en

el asno, sin poner pié en el estribo; veniale el sayo baquero, que parecía haberse hecho para él; y como tenía aquella presencia, nadie le veía con los Cristos delante, que no le juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado, mirando á las ventanas y haciendo cortesías á los que dejaban sus oficios por mirarle; hizose dos veces los bigotes; mandaba descansar á los confesores, é ibales alabando lo que decían bueno. Llegó á la de palo, puso un pié en la escalera, no subió á gatas, ni de espacio; y viendo un escalón hendido, volvióse á la justicia, y dijo que mandase aderezar aquel para otro, que no todos tenían su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció á todos. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa atrás; tomó la sogá y púsola en la nuez; y viendo que el teatino lo quería predicar, vuelto á él, le dijo: «Padre, yo lo doy predicado, y vaya un poco de Credo; acabemos presto, que no querría parecer prolijo»; hizose así; encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las babas; yo lo hice así; cayó sin encoger las piernas, ni hacer gestos; quedó con una gravedad, que no había más que pedir; hícele cuartos y dile por sepultura los caminos. Dios sabe lo que á mí me pesa de verle en ellos haciendo mesa franca á los grajos; pero yo entiendo que los pasteleros de esta tierra nos consolarán, acomodándole en los de á cuatro. De vuestra madre, aunque está viva ahora, casi os puedo decir lo mismo, que está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos, sin ser murmuradora. Dicese que daba paz cada noche á un cabrón, en el ojo que no tenía niña. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas, que en una capilla de milagros; y lo menos que hacía, era contrahacer doncellas. Dicen que representaba en auto, el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte; pésame, que nos deshonorá á todos, y á mí principalmente, que al fin soy ministro del rey y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda, escondida, de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados; vuestro

tío soy, lo que tengo ha de ser para vos. Vista ésta, os podréis venir aquí, que con lo que vos sabéis de latin y retórica, seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luégo; y entretanto Dios os guarde. Segovia, etc.»

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta; pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, á los hijos). Fuime corriendo á don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que había oído decir. Dijome cómo se determinaba ir y todo lo que le mandaba su padre; que á él le pesaba de dejarme; y á mí más. Dijome que me acomodaría con otro caballero amigo suyo, para que le sirviese. Yo, en esto, riéndome le dije:

—Señor, yo soy otro y otros mis pensamientos; más alto pico, y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenía, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo á mi padre.

Declaréle cómo había muerto tan honradamente, como el más estirado; cómo le trincharon é hicieron moneda; y cómo me había escrito mi señor tío el verdugo de esto, de la prisioncilla de mamá, que á él, como quien sabía quién yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer. Dile cuenta de mis determinaciones; y con esto al otro día él se fué á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa, disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndoseme acaso, no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia, con intención de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes para huir de ellos.

CAPITULO VIII

*Del camino de Alcalá para Segovia y lo que me sucedió en él hasta Rejas
donde dormí aquella noche*

LLEGÓ el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía de secreto para el camino, y con ayuda de unos embustes, hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salí de la posada, adonde no tenía que sacar más de mi sombrero. ¿Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped por el arrendamiento de la casa? Uno decía: «Siempre me lo dijo el corazón.» Otro: «Bien me lo decían á mí, que éste era un gran embustero y trampista.» Al fin, yo salí tan bien quisto del pueblo, que dejé con mi ausencia á la mitad de él llorando, y á la otra mitad riéndose de los que lloraban. Íbame entreteniendo por el camino, considerando en estas, cuando pasado Torote encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran priesa, y tan embebecido, que aun estando á su lado no me veía. Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba; y después que nos pagamos las respuestas, comenzamos á tratar de si bajaba el Turco y de

las fuerzas del rey. Comenzó á decir de qué manera se podía ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno.

Proseguimos en la conversación, propia de pícaros, y venimos á dar, de una cosa en otra, en Flandes. Aquí fué ello, que empezó á suspirar y decir:

—Más me cuestan á mí esos estados, que al rey, porque há catorce años que ando con un arbitrio, que si como es imposible, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado.

—¿Qué cosa puede ser—le dije—que conviniendo tanto, sea imposible y no se puede hacer?

—¿Quién dice á vuesa merced—dijo luego—que no se puede hacer? Hacerse puede; que ser imposible es otra cosa; y sino fuera por dar pesadumbre á vuesa merced, le contara lo que es; pero allá se verá, que ahora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al rey modo de ganar á Ostende por dos caminos.

Roguéle que los dijese; y sacándole de las faltriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo:

—Bien ve vuesa merced que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas, y quitarle de allí.

Dí yo con este desatino una gran risada; y él, mirándome á la cara, me dijo:

—Á nadie se lo he dicho, que no haya hecho otro tanto; que á todos le da gran contento.

—Eso tengo yo por cierto—le dije—de oír cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta vuesa merced que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luego la mar á echar más.

—No hará la mar tal cosa, que lo tengo yo eso por muy apurado—me respondió;—fuera de que yo tengo pensada una invención para hundir la mar, por aquella parte, doce estados.

No le osé replicar, de miedo que no me dijese tenía arbitrio para tirar el cielo acá bajo; no vi en mi vida tan grande orate. Decíame que Juanelo no había hecho nada; que él trazaba ahora de subir toda el agua del Tajo á Toledo, de otra manera más fácil; y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire vuesa merced quién tal oyó en el mundo! Y al cabo, me dijo:

—Y no lo pienso poner en ejecución, si primero el rey no me da una encomienda, que la puedo tener muy bien y tengo una ejecutoria muy honrada.

Con estas pláticas y desconciertos llegamos á Torrejón, donde se quedó, que venía á ver á una parienta suya. Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando Dios y enhorabuena, desde lejos vi una mula suelta, y un hombre á pié junto á ella, que mirando un libro hacía unas rayas, que media con un compás. Daba vueltas y saltos á un lado y á otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacía mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde lejos á verlo) que era encantador, y casi no me determinaba á pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintióme; cerró el libro; y al poner el pié en el estribo, resbalóse y cayó. Levántele y díjome:

—No tomé bien el medio de proporción para hacer la circunferencia al subir.

Yo no entendí lo que dijo, y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres; preguntóme si iba á Madrid por línea recta, ó si iba por camino circunflexo. Y yo, aunque no le entendí, le dije que circunflexo. Preguntóme cuya era la espada que llevaba al lado; respondíle que mía, y mirándola dijo:

—Esos gavilanes habían de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas;—y empezó á meter una parola tan grande, que me forzó á preguntarle qué materia profesaba.

Díjome que él era diestro verdadero, y que lo haría

bueno en cualquier parte. Yo, movido á risa, le dije:

—Pues en verdad que por lo que yo ví hacer á vuesa merced en el campo, que más le tenía por encantador, viendo los círculos.

—Eso—me dijo—era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compás mayor, cautivando la espada para matar sin confesión al contrario, porque no diga quién lo hizo; y estaba poniéndolo en términos de matemática.

—¿Es posible—le dije yo—que hay matemática en eso?

—No solamente matemática, mas teología, filosofía, música y medicina.

—Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte.

—No os burléis—me dijo—que ahora aprendéis la limpieza contra la espada, haciendo los tajos mayores, que comprendan en sí las espirales de la espada.

—No entiendo cosa de cuántas me decís, chica, ni grande.

—Pues este libro las dice—me respondió—que se llama Grandezas de la espada; y es muy bueno y dice milagros. Y para que lo creáis, en Rejas, que dormiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas; y no dudéis que cualquiera que leyere en este libro, matará todos los que quisiere.

—Ó ese libro enseña á hacer pestes á los hombres, ó le compuso—dije yo—algún doctor.

—¿Cómo, doctor? Bien lo entiende—me dijo;—es un gran sabio, y aún estoy por decir más.

En estas pláticas, llegamos á Rejas; apeámonos en una posada; y al apearnos me advirtió, con grandes voces, que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que reduciéndolas á líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped me vió reír, y se rió. Preguntóme si era indio aquel caballero que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luégo al huésped, y díjole:

—Señor, déme vuesa merced dos asadores para dos ó tres ángulos, que al momento se los volveré.

—¡Jesús!—dijo el huésped—déme acá los ángulos, que mi mujer los asará; aunque aves son que no las he oído nombrar.

—Que no son aves—dijo volviéndose á mí—¡mire vuesa merced lo que es no saber! Déme los asadores, que no los quiero sino para esgrimir, que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy, que todo lo que ha ganado en su vida.

En fin, los asadores estaban ocupados y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto y decía:

—Con este compás alcanzo más y gano los grados de perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar al natural; esta había de ser cuchillada y este tajo.

No llegaba á mí desde una legua y andaba alrededor con el cucharón; y como yo no estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale estando al fuego. Díjome:

—Al fin, esto es lo bueno y no las borracheras que enseñan esos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber.

No lo había acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo, mostrando las presas, con sombrero engerto en guardasol y un colete de ante bajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas, á lo águila imperial; la cara con un *persignum crucis de inimicis suis*: la barba de ganchos, con unos bigotes de guardamano, y una daga con más rejas, que un locutorio de monjas; y mirando al suelo, dijo:

—Yo soy examinado y traigo la carta; y por el sol que calienta los panes, que hago pedazos á quien tratare mal á tanto buen hijo, como profesa la destreza.

Yo, que ví la ocasión, metime en medio, y dije, que no hablaba con él y que así no tenía de qué picarse.

—Meta mano á la blanca, si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones.

El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces:

—Este libro lo dice, y está impreso con licencia del rey; y yo sustanciaré que es verdad lo que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí, y en otra parte; y sino, midámoslo; y sacó el compás y comenzó á decir: Este ángulo es obtuso.

Y entonces el maestro sacó la daga, y dijo:

—Yo no sé quién es ángulo, ni obtuso, ni en mi vida oí decir tales nombres; pero con esta en la mano le haré pedazos.

Acometió al pobre diablo, el cual empezó á huir dando saltos por la casa, diciendo:

—No me puede herir, que le he ganado los grados del perfil.

Metimoslos en paz el huésped y yo, y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover. Metieron al buen hombre en su aposento, y á mí con él; cenamos y acostámonos todos los de la casa, y á las dos de la mañana levántase en camisa, y empieza á andar á oscuras por el aposento, dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme á mí; y no contento con esto, bajó al huésped para que le diese luz, diciendo que había hallado objeto fijo á la estocada sajita por la cuerda.

El huésped se daba á los diablos de que lo despertase; y tanto le molestó, que le llamó loco; y con esto se subió, y me dijo, que si me quería levantar, vería la treta tan famosa que había hallado contra el Turco y sus alfanjes; y decía que luégo se la quería ir á enseñar al rey, por ser en favor de los católicos.

En esto amaneció, vestímonos todos, y pagamos la posada. Hiciéronlos amigos á él y al maestro de armas, el cual se apartó diciendo, que lo que alegaba mi compañero era bueno; pero que hacía más locos que diestros, porque los más, por lo menos, no lo entendían.

CAPITULO IX

De lo que me sucedió, hasta llegar á Madrid, con un poeta

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí por diferente jornada. Ya que estaba apartado, volvió con gran priesa, y llamándome á voces, estando en el campo, donde no nos oía nadie, me dijo al oído:

—Por vida de vuesa merced que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento.

Yo lo prometí de hacerlo; tornóse á partir de mí, y yo empecé á reirme del secreto tan gracioso. Con esto caminé más de una legua, que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la poca de mis padres, y luégo tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecíanme á mí estos pensamientos tan honrados, que yo me los agradecía á mí mismo. Decía á solas:

—Más se me ha de agradecer á mí, que no he tenido de quien aprender virtud, que al que la hereda de sus abuelos.

En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Traba-

mos plática, y luégo me preguntó de adónde venía. Yo le dije que de Alcalá:

—Maldiga Dios—dijo él—tan mala gente, pues faltaba entre tantos un hombre de discurso.

Preguntéle que cómo ó por qué se podía decir tal del lugar donde asistían tantos varones doctos; y él, muy enojado, dijo:

—¿Doctos? Yo le diré á vuesa merced que tan doctos, que habiendo catorce años que hago yo en Majalahonda (donde he sido sacristán) las chanzonetas al Corpus y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantaricos, que porque vea vuesa merced la sin razón que me hicieron, se los he de leer. Y comenzó de esta manera:

¿ Pastores, no es lindo chiste,
que es hoy el Señor San Corpus Christo?
Y es el día de las danzas,
en que el cordero sin mancilla
tanto se humilla,
que visita nuestras panzas,
y entre estas bienaventuranzas,
entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,
pues en nuestro bien consiste:
¿ Pastores, no es lindo chiste, etc.?

¿Qué pudiera decir más—me dijo—el mismo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra: Pastores; más me costó de un mes de estudio.

Yo no pude con esto tener la risa, que á borbotones se me salía por los ojos y narices, y dando una gran carcajada, dije:

—¿Cosa admirable! pero sólo reparo en que llama vuesa merced Señor San Corpus Christi, y Corpus Christi no es Santo, sino el día de la institución del Santísimo Sacramento.

—¿Qué lindo es eso!—me respondió, haciendo burla—yo le daré en el calendario, y está canonizado, y apostaré á ello la cabeza.

No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije que eran dignas de cualquier premio, y que no había leído cosa tan graciosa en mi vida:

—¿No?—dijo al mismo punto;—pues oiga vuesa merced un pedacito de un librillo que tengo hecho á las once mil Vírgenes, adonde á cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica.

Yo, por excusarme de oír tanto millón de octavas, le supliqué no me dijese cosa á lo divino; y así me comenzó á recitar una comedia que tenía más jornadas, que el camino de Jerusalén. Decíame:

—Hicela en dos días, y este es el borrador; y sería hasta cinco manos de papel.

El título era: El Arca de Noé. Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y jabalíes, como fábulas de Esopo. Yo sólo alabé la traza y la invención, á lo cual me respondió:

—Ella cosa mía es; pero no se ha hecho otra tal en el mundo; y la novedad es más que todo; y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa.

—¿Cómo se podrá representar—le dije yo—si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?

—Esa es la dificultad; que á no haber esa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, torcos y picazas, que hablan, y meter para el entremés monas.

—Por cierto, alta cosa es esa.

—Otras más altas he hecho yo—dijo—por una mujer á quien amo; y ve aquí novecientos y un sonetos, y doce rondallas (que parece que contaba escudos por maravedís) hechos á las piernas de mi dama.

Yo le dije que si se las había visto él, y respondiéndome que no había hecho tal, por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo á tantos versos malos; y así comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veía liebres, y respondía él:

—Pues empezaré por uno donde la comparo á ese animal; y empezaba luégo.

Yo, por divertirle, le decía:

—¿Ve vuesa merced aquella estrella que se ve de día?

Á lo cual dijo:

—En acabando este, le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos.

Afligime tanto con ver que no se podía nombrar cosa á que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegamos á Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños oían poeta, no quedaría troncho que no viniese por sus piés tras nosotros, por estar declarados por locos en una Pragmática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidíome muy congojado que la leyese, si la tenía. Prometí de hacerlo en la posada; fuimos á una adonde él se acostumbraba á apear, y hallamos á la puerta más de doce ciegos: unos le conocieron por el olor, y otros por la voz. Diéronle una barbanca de bienvenido; abrazólos á todos; y luégo comenzaron unos á pedirle oración para el Justo Juez, en verso grave y sentencioso, tal, que provocase á gestos; otros pidieron de las ánimas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos y díjome:

—Más me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así, con licencia de vuesa merced, me recogeré ahora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer oiremos la Pragmática.

¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos, que ganan de comer con los que no lo son.

CAPITULO X

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecedilla donde dormí

RECOGIÓSE un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto, se hizo hora de comer; comimos, y luégo pidieron se leyese la Pragmática. Yo, por no haber otro qué hacer, la saqué y la leí, la cual pongo aquí por haberme parecido aguda y conveniente á lo que se quiso reprender en ella. Decía de este tenor:

PRAGMÁTICA

CONTRA LOS POETAS HUEROS, CHIRLES Y EBENES

Dióle al sacristán la mayor risa del mundo, y dijo:

—Hablara yo para mañana. Por Dios que entendí que hablaba conmigo y es sólo contra los poetas ebenes.

Cayóme á mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decía:

«Atendiendo á que este género de sabandijas, que llaman poetas, son nuestros prójimos y cristianos (aunque malos), viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listo-